

EL CONGRESO EUROPEO.

En los tiempos que corremos, tiempos desgraciadamente de transición y lucha, se ven instituciones nacidas de un ideal puro de derecho, y encaminadas, sin embargo, á oscurecer el derecho. Una de las instituciones que la justicia promete, es la de un congreso central europeo, en que las diferencias y enemistades entre los pueblos se acaben para siempre, y nazca un código internacional que señale á cada Estado sus naturales límites, á cada nacionalidad su propia independencia, para que el fuego de la guerra se extinga y el hombre convierta todas sus fuerzas á la fecunda y gloriosísima lucha con la naturaleza, ancho espacio abierto á la actividad de su espíritu. No hay alma generosa en el mundo que no sueñe con

el aniquilamiento de todas las injusticias que hoy traen recelosos á los gobiernos y hacen rivales á pueblos nacidos para hermanos. Un derecho común europeo, la integridad de las nacionalidades, el respeto á los pueblos y á su voluntad soberana, la transformacion de los celos nacionales en armonía fecunda, la paz perpétua, la conclusion de todos los egoismos de raza y de familia, la libertad de comercio que une las fuerzas dispersas de la industria, la tierra por pátria, todos los hombres por hermanos, la justicia por fin, el trabajo por lazo, la reciprocidad de deberes por garantía, son principios tan santos y tan justos, tan hondamente grabados en nuestra naturaleza, que no es posible renunciar á verlos en el espacio con el mismo esplendor con que los vemos lucir en la mente, sin dudar de la humanidad y hasta de la Providencia. No, no puede ser que no veamos realizada la justicia. La Providencia nos dice, nos enseña que siempre que ha escrito un ideal de justicia en la conciencia, ese ideal, por las armonías que hay entre la naturaleza y el espíritu, se ha realizado en el espacio. Y no hay ni puede haber ideal más bello que todos los pueblos congregados por medio de sus representantes en el cen-

tro de Europa, controvertiendo sus diferencias y arreglándolas en armonía con un principio de derecho escrito por todos é inspirado, no en los intereses fugaces y transitorios de un día, no en el predominio del fuerte sobre el débil, sino en la eterna ley de justicia, grabada por Dios con caracteres más indelebles que los astros del cielo en el seno inmortal de la conciencia.

Mas hoy, qué podemos esperar de un congreso europeo? Nada, absolutamente nada. La ciencia en sus profundas investigaciones ha llegado al derecho racional, y los gobiernos, en su tarda política, todavía permanecen adheridos al derecho histórico. La ciencia dice que contra la libertad del hombre y la independencía de las naciones no debe existir ningun poder, y los gobiernos desconocen las leyes fundamentales de nuestra naturaleza, y se empeñan en llevar aherrojados unos pueblos á otros, rechazando la inmensa cadena de la justicia. La ciencia enseña que un congreso europeo no debe tener más principio que la justicia absoluta, y los gobiernos se creen aún allá, en los tiempos feudales, en que los reyes imaginaban ser suyos los territorios, y los vendían, y los traspasaban, y los cedían con todos sus habi-

tantes, como si fueran un hato de ganado, sin consultar más ley que su capricho; tristes tiempos, cuyas sombras todavía se ven por nuestros horizontes como esas gasas de niebla que el sol no puede en un día de invierno disipar con sus rayos de oro y su vívido calor.

Nosotros aún concebiríamos un congreso fundado en los antiguos principios de patrimonio, en los principios feudales; comprenderíamos que los reyes exhibiesen sus títulos de propiedad, y se fundasen sólo en esos títulos para reivindicar sus derechos; pero es incomprendible un congreso llamado á sancionar la libertad de unos pueblos y la esclavitud de otros; á levantar unos príncipes y arrojar otros príncipes de su trono; á reconocer la independencia de la mitad de Italia y la servidumbre de la otra mitad; á consultar las asambleas, los votos de ciertos Estados, y á consentir que unas provincias pasen de estas manos á otras manos, como una propiedad inmueble; á sellar con el sello del derecho la libertad de Lombardía, y dejar bajo las cadenas á Polonia, Hungría y Venecia; cayendo así necesariamente, como cuerpo frío é inerte, bajo la ley de los hechos, bajo la coyunda de esa fuerza ciega y bru-

ta, contra la cual protextará siempre la voluntad humana, ley que es la consagración del fatalismo.

Y en realidad no puede esperarse otra cosa de las cinco grandes potencias que hoy deciden de la suerte de Europa. ¿Qué idea de política general representa Napoleon III? Ninguna. En esto se parece á su tío. Napoleon I, aquel soldado sin igual en la historia, aquel gran táctico que envolvía en las líneas de sus planes de batalla ejércitos inmensos; aquel vencedor que tomaba todas las formas de la guerra y se adaptaba á las condiciones de todos los países del mundo; aquel gigante que arrancaba de cuajo los tronos de derecho divino y lanzaba sus ejércitos contra los señores de Austria, Prusia y Rusia, viéndolos huir desbandados al ruido de los pliegues de sus banderas; á pesar de que sabia que su fuerza estaba en la revolucion, que su destino era la revolucion; á pesar de que sentia la necesidad de unir los pueblos contra los reyes absolutos; á pesar de que clamaba por la independencia de Italia y de Polonia; entregó Venecia al Austria, dejó á Polonia bajo los hierros del autócrata, agravó la servidumbre de Italia, hirió la dignidad de España, concitó contra sí el mundo; pues caminaba sin

idea fija, guerreaba por guerrear, y su gran táctica se tornaba torpe y miserable en la esfera política, falto de esas ideas superiores, que son el alma de los héroes y la prenda segura de la inmortalidad de sus obras. El tercer Napoleon, que no ha heredado el genio inmenso del fundador de su dinastía, sigue su misma política tornadiza é incierta. Aun no habia subido al imperio, y ya ponía la planta sobre una república que se alzaba radiante en las cenizas de Roma. Alarmó con su golpe de Estado á Europa, y cuando Inglaterra creía próxima la venganza del sacrificio de Santa Helena, ve que el emperador le tiende la mano y sella una alianza con su eterna enemiga. Más tarde, como para dar una prueba de que esta alianza era leal, corre al Oriente, desarma una escuadra rusa que podia ser parte á contrastar el predominio inglés en los mares, y derrama sangre y oro á torrentes en los muros de Sebastopol, inmenso holocausto ofrecido á una gloria incierta é infecunda. Vuelve de Oriente, y cuando la reina de Inglaterra se habia arrodillado hasta sobre la tumba de Napoleon, como para pedir perdon á la víctima en nombre del pueblo sacrificado, comienzan los recelos, y los aprestos, y las rivali-

dades, y las sordas amenazas, y las señales de un choque entre las dos primeras naciones del mundo, tan temible como el choque de la tierra con un planeta en los infinitos espacios. En este instante Napoleon olvida las afrentas sufridas por su dinastía en Rusia, olvida que la mano de aquella potencia abofeteó principalmente á la Francia con los tratados de 1815, olvida que los cosacos acamparon en París como pudieran acampar en otro tiempo los soldados de Atila, olvida la eterna lucha entre el Norte y el Mediodía, y estrecha fuertemente ¡él, emperador revolucionario, hechura del sufragio universal y de los principios de 1789! al coloso que sostiene aún los rotos timbres de los antiguos tradicionales derechos. En esto le sorprende un accidente gravísimo; á sus piés una bomba estalla lanzada por una mano italiana, y sale de aquella nube de humo, pálido como un remordimiento, y piensa en Italia, en la pátria de su familia, y obedece un mandato lanzado por un reo de muerte, desde las tablas de un cadalso. El aliado de los déspotas se convierte en aliado de los pueblos. La bandera de Italia ondea en su mano, la Marsellesa se escapa de sus labios, el génio de la revolucion le posee, le agita y le lanza

con todos sus ejércitos á los campos de batalla, donde contienden los pueblos con los déspotas. ¡Tremendo día para el César! Los hombres que habian sido sus enemigos le rodean; la idea democrática se desliza como un espectro en su camino; los vapores de la sangre derramada en aras de la libertad le ahogan; la obra de 1849, la restauracion del papa, está por el suelo, pues la palabra de independencía resuena en Bolonia, el Austria se siente herida en el corazon, y la revolucion alza sus gigantes álas sobre Magenta, Palestro y Solferino. Entonces conoce que va á tocar en el arca sagrada de la Confederacion Germánica; que va á traer una tromba de fuego sobre el flanco abierto por el tratado de Viena para acometer á París; que la lógica real de los hechos, superior á la lógica abstracta de las ideas, le va á conducir á pronunciar en los oidos de Hungría y de Polonia la palabra pronunciada en los oidos de Italia; que los déspotas unidos contra él van á provocar la union de los pueblos; que la revolucion europea le sigue los pasos, como su propia sombra; que al tocar el problema transitorio del derecho internacional constituido, ha tocado la raiz del problema del derecho hu-

mano; y en tan gran congoja, presentes siempre en la memoria sus obras, jura sobre los cadáveres de cincuenta mil franceses la paz con Austria y la servidumbre de Venecia. Ahora bien: ¿qué política es esa? ¿Por qué en 1851 el imperio es la paz y en 1853 el imperio es la guerra? ¿Por qué va á Crimea á defender los tratados de 1815, y va á romper esos mismos tratados á Italia? ¿Por qué restaura, presidente de la república, al papa, y le humilla, emperador, y le desobedece? ¿Por qué, si cuenta con la amistad de Rusia, provoca la guerra de las nacionalidades? Y si provoca la guerra de las nacionalidades, ¿por qué cuenta con la amistad de la Rusia? ¿Cree Napoleon que Alejandro va á cerrarse las puertas de Europa por el placer de tomar una venganza del Austria? ¿Por qué grita que Italia va á ser libre desde los Alpes al Adriático y se detiene ante una amenaza de Alemania? Y si contaba con esa amenaza, si no podia llegar al Tirol sin provocarla, ¿por qué no lo pensó con madurez antes de arriesgarse á la guerra? Hé aquí el principal elemento del futuro congreso. De esa política solo puede salir la duda, la incertidumbre, el problema de una nueva guerra.

Algo podia contrastar esta política Inglaterra, si Inglaterra hubiera abrazado alguna vez de buena fé la causa de los pueblos. Nosotros admiramos sinceramente el régimen interior de Inglaterra; aquella aristocracia, que majestuosamente se va envolviendo en su sudario, dejando libre paso á la idea de igualdad; aquellos partidos, que nunca apelan á la razon de la fuerza; aquella clase media, que une su causa á la causa del pueblo; aquel elemento democrático, que se infiltra como una nueva sávia en las venas de la vieja y carcomida sociedad; aquel pueblo, que respeta y acata la ley como la garantía de sus derechos; aquella libertad, de que goza su prensa; aquellas asociaciones, tumultuosas muchas veces en la forma, pero siempre pacíficas y progresivas en la esencia; aquellos parlamentos, que reflejan el rayo más vivo despedido por la luz de la opinion pública; aquel jurado, que reparte entre todos la justicia; aquella actividad é iniciativa individual, que obra milagros, nunca obrados por la omnipotente impotencia de los gobiernos; aquel hogar del ciudadano, sacratísimo, respetado como un santuario; aquella integridad de la conciencia y del pensamiento; aquel asilo abierto á todos los

que han perdido la pátria, asilo que en los dias tremendos de nuestras vergonzosas reacciones fué el puerto de nuestros padres; aquella revolucion permanente, viva, en la esfera del gobierno, que dá siempre de sí una paz inalterable, premio concedido por Dios á los pueblos que respeten el derecho. Pero, ¿cuál ha sido su política exterior? Política nefanda, política funesta, que merece la maldicion del mundo. Los enemigos de los pueblos se reparten á Polonia, descuartizándola, é Inglaterra calla; los diplomáticos de 1815 sacrifican en nombre de las nacionalidades, á todos los pueblos libres, crucifican á Italia, é Inglaterra pone su firma en aquel deshonoroso tratado; la Santa Alianza envia sus esbirros á España para que nos arranquen la Constitucion, el código venerando de nuestras libertades, é Inglaterra se contenta con una hipócrita y engañosa protexta; Grecia se levanta y reivindica su independenciam, é Inglaterra siembra de espinas el camino de su libertad, que debia haber cubierto de flores; sobreviene el gran sacudimiento de los pueblos contra todas las tiranías históricas, é Inglaterra deja que los pueblos se revuelquen; desgraciados! en su sangre, que pierdan su libertad, y sanciona

las victorias de sus usurpaciones ; conoce que Napoleón pretende hoy unir la raza latina y declararse su jefe, y en la guerra de la Independencia abandona á Italia, y en la guerra de Marruecos amenaza á España : triste política, semejante á la de un pirata, que, justo en su barco, no respeta ninguna bandera, ni cree que necesita con los extraños de justicia. Y así, Inglaterra no podrá, no, abogar por la libertad de Italia, porque la sombra de Gibraltar, de Malta, de las islas Jónicas, de todas sus grandes injusticias, helará la palabra en sus labios, y confusa y avergonzada escuchará la sentencia de muerte de las nacionalidades, dictada por todos sus enemigos del continente.

Y de las otras potencias ¿qué podemos esperar? Rusia, pasado ya el furor de su venganza, recordará que la política liberal puede cerrarle la Europa y empujarla al cumplimiento de su destino, que consiste en ser intérprete de la civilización cristiana en el Asia. Prusia, aunque aborrece de muerte al Austria, no arrojará la máscara, porque no le conviene para las contingencias revolucionarias de lo porvenir desasirse de su alianza; es decir, de un pensamiento y de un brazo prontos siempre á combatir la democracia, allí como aquí

en perpétuo crecimiento. Austria puede levantarse y echar en cara á todas sus injusticias.

Y las naciones de segundo orden, ¿qué harán en el congreso? ¿Contribuirán á sostener el equilibrio europeo? Para las grandes potencias, equilibrio europeo equivale á conservación de sus injusticias. Para Prusia, equilibrio europeo quiere decir la conservación de la parte de Polonia que le cupo en suerte; para Alejandro de Rusia, la sanción de todas las conquistas de Pedro el Grande y Catalina II; para Austria, la esclavitud de Polonia, de Hungría, de Bohemia, de Italia; para Inglaterra, el protectorado de las islas Jónicas y la usurpación de Gibraltar. Ahora bien, las naciones de segundo orden, por lo mismo que son débiles, deben apelar á un criterio superior de justicia. Si se doblegan á sancionar el derecho del fuerte, atraen sobre su frente las consecuencias de esa misma sanción. ¿Quién les ha dicho que si hoy se reúnen las grandes potencias para descuartizar á Italia, no se han de reunir mañana para descuartizar á España, á Dinamarca, á Portugal y á Bélgica? El débil no debe nunca consagrar las violencias del fuerte. Si hoy autorizan una violación de derecho contra un pueblo her-

mano, atraen sobre sí mañana esa misma violación. La norma de su conducta debe ser el respeto á las nacionalidades, la consagración del derecho, el libre ejercicio de la soberanía de los pueblos, la condenación de la fuerza y la apoteosis de la justicia. Sólo así pueden salvarse de los peligros que ocultan nuestros tiempos. ¿Lo harán? No lo creemos. El derecho internacional continuará siendo la voluntad de los fuertes; Venecia tendrá sobre sí la coyunda del Austria; Polonia continuará descuartizada; Hungría vendida; Bélgica amenazada; Gibraltar usurpado, y el problema, el gran problema de las nacionalidades, quedará en pié para que lo resuelva la única idea que puede resolverlo: LA DEMOCRACIA.

Diciembre 7 de 1859.

SRES. REDACTORES DE LA REGENERACION.

Muy señores míos : Las acusaciones injustísimas que Vds. han dirigido á mis humildes artículos, me mueven á interrumpir el silencio que me habia propuesto guardar en todo cuanto á mi personalidad se refiriese. Ustedes recordarán que sus provocaciones han sido diarias y porfiadas; que no he escrito un artículo, ni he apuntado una idea, que no haya encontrado una refutación en las columnas de su periódico. Epigramas contra mi estilo, burlas de mis fundadas esperanzas, ataques directos á mi persona, negaciones rotundas, alguna que otra punzada maligna, todo, todo lo han agotado Vds., y yo nada he respondido, porque á pesar de que no ando á campana herida encareciendo por esos mundos mi religiosidad y